

Ficción

Dos mujeres

BORIS SALAZAR¹



Dos mujeres. Sentadas en un automóvil con las puertas abiertas, junto a una carretera estrecha que lleva hacia una colina en el suroeste de Cali. Ni siquiera saben que están enguayabadas. O no quieren saber que lo están. O quizás no lo están. Saben que es de mañana y que no tienen mucho tiempo. Una de ellas puede decir: sólo fue una conversación, unas palabras de más, una historia que no debí contar. Nada más. Más que suficiente, podría decir la otra. Yo, que no dije nada –podría continuar su monólogo, si estuviera hablando– pero estuve allí, y no fui invisible, también estoy perdida. Alguien tuvo que recordar y hablar y confiar y contárselo a quien no debía. Eso fue todo. Y fui yo, estuvo a punto de decir. Pero ellas no hablan ahora. No hacen planes. No quieren huir. ¿Para qué? Están cansadas y la noche no ha sido buena. Se han enterado de cosas, nada más. Pero no ha pasado nada. Sólo palabras y el probable fin que ninguna sabe poner en palabras.

Mary, Mar para los que la conocen, para ellos, para ellas dos, piensa en ella misma sentada en este automóvil al lado de una autopista camino de Long Island. Sería igual: sólo cambiaría el escenario. Quizás vendría una patrulla de la policía y un policía gordo, alto, casi joven, escondiendo sus ojos azules tras unas gafas para el sol, le diría: ¿qué le pasó, señora? ¿O señorita? ¡Quién sabe! Y le pediría la licencia de conducir y el seguro y le diría que no se mueva, que se quede allí, en la misma posición en que se encuentra ahora, y dependiendo del corte de su blusa, y de su palidez en la mañana, y del olor a fresa de su boca entreabierta, le diría, ahora sí, ¿qué hace sola una señorita tan bonita en esta carretera? Y ella se haría la que no entiende, la que no es con ella, y

¹ Cali, 1955. Escritor, economista, politólogo y profesor de la Universidad del Valle. Obtuvo el Premio de Novela José Eustasio Rivera. Ha publicado los libros *La otra selva* y *Caravana*. Recientemente publicó *La hora de los dinosaurios*, en coautoría con María del Pilar Castillo.

ni siquiera dejaría caer la sonrisa que está a punto de esbozar ahora. Pero están en Cali y es de mañana y no vendrá ningún policía.

Lil, su amiga, sin mirarla, rompe el silencio: Mira, ya bajó el señor. Mar mira hacia el camino y ve otra vez al señor que había subido, no sabe hace cuánto tiempo, por el mismo camino pavimentado hacia la colina. Cree no haber pensado nada cuando lo vio pasar la primera vez, pero siente que tuvo la idea de que el señor debería ser alguien a quien le pagaban por pensar, o que tenía tanta plata que podía dedicarse a pensar. Sólo tiene que pensar y no tiene miedo ni de lo que está arriba ni de lo que puede encontrar aquí abajo, piensa, cuando oye otra vez la voz de Lil, Señor, discúlpenos, ¿para dónde va? No voy, responde, sólo vengo. ¿Siempre viene?, escucha otra vez a Lil, haciéndose la graciosa, preguntando. Mar lo ve sonreír. Siempre, dice, siempre vengo. Entonces venga, vuelve a escuchar la voz de su amiga, invitando, sin haberle consultado nada a ella, la dueña del Lexus, la que está en verdadero peligro.

Sin dejar de sonreír, el hombre se acerca al automóvil. Tiene los brazos caídos a los lados del cuerpo y la mira a ella y a Lil, como oscilando entre las dos, sin dejar de sonreír, sin saber dónde poner las manos, pero acercándose al automóvil. Camine, suba, podemos llevarlo. ¿A dónde va?, le pregunta Lil, insistiendo en manejarlo todo, como si ella ya no estuviera allí, como si fuera su chofer sin uniforme después de una noche de farra sin terminar, como si ya no fuera Mar, la nena, bella todavía en el espejo en el que ahora se refleja. Como si ya todo hubiera terminado. ¿Y a dónde vamos?, se escucha preguntando. Pero, ¿a quién le pregunta? ¿A los dos? ¿A Lil, su nueva jefa? ¿Al señor que piensa? Recuerden –dice el hombre, ampliando un poco la sonrisa, y haciendo una pequeña inclinación de la cabeza– sólo vengo, vengo, señoritas. Entonces móntese al carro, le dice Lil, y él da la vuelta y sube al automóvil por la puerta trasera del lado opuesto, como si ya hubiera tomado partido por Lil, piensa ella, y pregunta: ¿Y a dónde vamos, pueden decirme?

La voz del hombre aparece más gruesa, más segura, casi retumbando dentro del automóvil, superando la voz en italiano que ha estado sonando desde hace mucho tiempo en el equipo: Es muy temprano para el primero, señoritas, pero apenas justo para el segundo. No puede evitar reírse. Tiene razón, le contesta, aquí está y le pasa la botella de whiskey, ya un poco caliente, que estaba a sus pies sobre el piso del carro. Él, muy cortés, les dice: a su salud, señoritas, y toma un trago que para ella resulta muy largo y para Lil admirable si ha de creerle a su mirada asombrada y a lo que dice mientras lo mira: Bueno, estamos oficialmente de fiesta otra vez. ¿Oficialmente? ¿De dónde sacó la palabra? Pero concuerda: Sí, estamos de fiesta y prende el Lexus, y salen acelerando y lanzando gravilla hacia los lados, loma arriba por el mismo camino pavimentado que el señor acaba de recorrer en ambos sentidos.

Siento –dice el señor al que nadie todavía le ha preguntado el nombre y que no hace ningún intento por presentarse ante ellas– que algo grave las preocupa. Las dos se miran y Lil dice que sí, que el whiskey le va bien a los buenos cerebros, y que las dos, tan alegres, no deberían estar tan alegres, porque todo puede terminar por aquí o un poco más lejos, quién sabe, pero puede terminar. Como no termina, en cambio, ese señor italiano que grita tanto, dice él, y las dos no pueden evitar reír y Mar está a punto de desear que el mundo no sea sino su Lexus, con Lil, que ahora le parece bella otra vez, mirando al hombre y riendo, y olvidarlo todo, hasta la historia que están a punto de revelar.

Ya está, liquidado el señor italiano, se oye diciendo, mientras saca el compacto del equipo y da una curva suave, en un camino que habían encontrado un poco antes, doblando a la izquierda. Dos pastores alemanes de mirada triste, cree ella, los miran desde el otro lado de la reja de una mansión blanca, como salida, o copiada, de una foto de la costa mediterránea.

El hombre después de haber ofrecido otra ronda de whiskey más caliente y más humano, les dice, como si en verdad le preocupara: Pero, ¿qué puede terminar para ustedes, si la fiesta apenas está comenzando? Lil la mira, preguntando sin preguntar qué puede contar, si vale la pena decirlo todo aquí, en esta ruta montañosa, y tan bien cuidada, que no habían descubierto antes. Mar comienza a hablar, dejando que el pie salga del acelerador, el carro a punto de detener su marcha: Se lo digo así, a ver si queda satisfecho. Todo termina, claro, pero terminar es lo de menos. Lo que sí no es lo de menos es saber que uno no era nadie. Que era como las otras, como todas. Una más en la colección. No, no es lo que se imagina, y sí, tómese el otro trago. No hablo de mi marido, ni de mi esposo ni de mi amante. Hablo de mi confidente. Me cortó el pelo y me peinó y maquilló desde niña, desde que tenía doce años, quizás once. Y le conté siempre todo y yo creí que él me lo contaba todo, pero no era así. Yo le contaba todo, pero él sólo escuchaba y guardaba en la memoria. Alguna vez que me dejé llevar por la rabia conté todo lo que no debía contar sobre el hombre que había estado conmigo. Y el confidente nunca me dijo a quién le había contado todo lo que le conté. Me di cuenta que tenía memoria de elefante y una boca muy dulce porque todo lo contó a quién no debía, en Miami.

El hombre interrumpe, acabando apenas de pasar el trago de whiskey: Miami, mala suerte. Todas las historias de vanidades rotas terminan siendo como el cuento del hombre que es soñado por otro. Él cree que es él, pero... Y debe parar porque ella lo interrumpe y le dice que no, no es lo mismo, no es vanidad, ¡Ojalá que alguien me hubiera soñado, bien bonito, toda entera, como soy! No, no es eso, es que nunca creí que él me viera como a las otras. ¿Me entiende? Es que eran muchas mujeres las que iban a visitarlo y a contarle cosas mientras él hacía lo que le daba la gana con sus

cabezas y con sus hombres. Entiendo, dice él, ¿y por qué habría de ser usted distinta a las demás? A los ojos de él, era otra mujer bonita. Sí, y eso es lo que me duele, se oye decir, otra mujer bonita como todas las que iban allí. Pero yo llevaba más años y nunca creí ser como las demás. Lil interrumpe señalando hacia la casa de piedra que alcanza a vislumbrarse detrás de los árboles frondosos: Allí hay una fiesta. ¿No escuchan la música? El hombre se queda mirando hacia los árboles con la botella en la mano y pregunta: ¿Ustedes son amigas de la casa? Pues claro que no, pero es una fiesta y a esta hora todo es posible, contesta Lil. Estamos oficialmente en fiesta, aguafiestas.

La puerta de metal que conduce al sendero de piedra está abierta y la música que viene de la casa llega nítida, como si ya estuvieran dentro de ella y ya hubieran saludado, y estuvieran disfrutando de la fiesta. Alguna vez, dice él, estuve aquí o en una casa parecida. Pero, ¿quién puede vivir en estas casas?, pregunta Mar, casi sin darse cuenta. Gente, gente como usted y yo, afirma el hombre. Ya verá, como cualquiera de nosotros tres. Al fondo, después de una fuente de agua, ve las primeras personas. Están muy cerca, como a punto de soltar un grito y lanzarse a disputar un partido de algo. Cuando mira hacia la izquierda, sobre la alfombra hay un hombre, quizás un muchacho, dormido. Más a la izquierda, sobre una mesa de madera rectangular, hay copas y un polvo blanco en líneas que a veces pierden su compostura y se convierten en manchas más grandes, y más allá de la mesa, del otro lado, una mujer rubia mira hacia la mesa, inmóvil, sin reparar en ellos. De hecho, nadie ha reparado todavía en ellos. Nadie viene a recibirlos y nadie tampoco se muestra sorprendido o preocupado por su llegada. Él se acerca a ella y le dice, casi en secreto: Ya verá, una vez pasado Santana, vienen los boleros.

Y en efecto suena un bolero, o algo semejante a un bolero, y ella le dice: ¿Brujo? ¿Resultó brujo, entonces? ¿Qué más quisiera!, contesta el hombre mirándola, por fin, a los ojos. ¿Sabe una cosa? —le dice Mar, mirándolo también a los ojos— tampoco es un bolero. Es la esencia de un bolero. Sí, lo que queda después de las lágrimas, le contesta el hombre, la esencia. Porque ya no hay voz ni quejas ni amores perdidos, continúa, y ella, completando la frase, ni mujeres abandonadas. Ni hombres que lloran por ellas, continúa él, ofreciéndole la botella, buscando un vaso y alcanzando el hielo que está derritiéndose en una coctelera de cristal. Gracias, le dice, mientras señala hacia Lil, que ya se ha integrado al grupo que estaba a punto de lanzar un grito de guerra y que ahora intenta bailar o hacer algo parecido. Ella es feliz, a su manera, dice él. Sí, lo es, contesta Mar. Yo, en cambio, sigo pensando. ¿Por qué no lo vi venir? Vea, lo que más me duele no es lo que usted piensa. Es una imagen. Me dicen que mi hombre fue a un hotel de Cali y que allí, al lado de los agentes del norte, estaba él, el peluquero. Pero no estaba a su alcance. Podía verlo a través de la pared de vidrio que separaba al bar del lugar en que se encontraban los agentes. No podía alcanzarlo. Eso es lo peor. Lo habría podido hacer trizas, allí mismo, pero estaba del otro lado, protegido, cuchicheando con los agentes, burlándose. Pero, le dice el hombre del whiskey, la pared de vidrio, ¿no es sólo una imagen suya?

De pronto no hubo pared de vidrio, sólo la distancia, la imposibilidad de llegar hasta donde estaba y saludarlo. No, no —replica ella, sin evitar una sonrisa— la maldita pared de vidrio tiene que haber estado allí. Y es lo que más me duele, por él y por mí. ¿Por el peluquero o por su hombre? Por mi hombre, claro. No, lo que le duele, insiste él, es que no pudo evitarlo, que no se dio cuenta de nada.

Puede ser, puede ser, contesta ella, pero ahora estoy cansada y no quiero hablar más y no quiero seguir los pasos de Lil. Le ayudo a buscar un sitio, ofrece el hombre. ¿Aquí?, pregunta ella. Sí, aquí, no hay mejor sitio en este momento, responde él. Me da igual, ya no hay sitio para mí, dice Mar, mientras pasan junto al grupo que ahora juega a las prendas caídas y avanzan hacia unas escaleras de madera, en caracol, que conducen a un segundo piso. En la primera habitación, a la derecha, una pareja juega a las cartas. Las dos habitaciones siguientes están ocupadas por gentes que duermen la fiesta. Queda una esperanza, dice él. Aquí está. Un hombre duerme al lado izquierdo de una cama muy grande. Casi al tiempo, dicen: parece el dueño de casa. Sí, parece. Ella dice: hay espacio para mí. Sí, ofrece él, la alfombra parece muy cómoda. Ella se quita los zapatos muy livianos, los que más quiere, y se acuesta muy despacio en el costado derecho de la cama. Los tendidos son de seda. Tiene la idea fugaz de que el hombre, el dueño de casa, está muerto. No parece respirar. ¿Acaso hay alguien vivo aquí? Recoge las piernas, pone sus manos juntas debajo de la barbilla, y trata de entregarse al sueño. Oye la voz del hombre, lejos, bromeando: ni siquiera hay que apagar la luz. Quiere preguntarle, por fin, cómo se llama, pero no puede: ya está soñando que este es el fin, que los hombres de su hombre ya están aquí y que todo podría estar terminando ahora. ❁

